

PROGRESO Y MEMORIA

Jörg Zimmer

El tratado académico sobre “diferenciación en el concepto de progreso” (GA 13, 118 ss) es significativo por que, por un lado, presenta una teoría de la historia que se concentra en aquello que se ha omitido, olvidado o extraviado en el proceso de la historia, pero por otro, contiene una discusión inevitable para la construcción de la teoría de la memoria. Una reflexión sobre la memoria no puede prescindir de una aclaración sobre su interpretación del tiempo.

La teoría del progreso tiene como presupósito la teoría de Bloch sobre la no-simultaneidad del desarrollo histórico, y es desarrollada en “Herencia de estos tiempos”. La intención de Bloch en este texto es heredar las formas culturales de la burguesía tardía y hacerlas eficaces contra la apropiación fascista. Eso se lleva a cabo a través de un procedimiento de “montaje” que une como en un “collage” los fenómenos culturales de la proto-historia del fascismo “la extraña mezcla de alba y crepúsculo de los años 20” (GA 4, 17), y se pregunta por su influencia. El teorema de la no-simultaneidad intenta –así como más adelante el *Tratado sobre el concepto de progreso*- comprender la dialéctica de continuidad y ruptura en el proceso histórico, y por lo tanto, concebir en categorías la influencia del pasado en el presente. Con esto, esta teoría está en condiciones de dar respuesta filosófica a la pregunta central de toda memoria, que en el presente hay impulso y causa para actualizar el pasado histórico. La teoría de no-simultaneidad conduce a la consciencia de que la ruptura con el pasado inherente al progreso histórico no es completa, que formas rudimentarias de existencia más antiguas pasan a través de esta ruptura en continuidad discontinua, y de repente se convierten en contradicciones en un presente que les es extraño. Desde la perspectiva de la no-simultaneidad, la memoria histórica significa rastrear estos textos, estos fragmentos de pasado, que son presentes de forma inmediata en el presente, y llevarlos conscientemente al presente asumiendo como herencia su potencial utópico. La herencia se convierte en recuerdo en todo aquello no realizado, tanto del presente como del pasado.

La tradición histórica no puede, por decirlo a la manera de Nietzsche, dejar de lado el pasado como una simple antigualla, el libro de la historia no se puede cerrar. El pasado objetivamente influyente en el presente debe ser detectado en su mediación concreta en la situación histórica actual, “el ahora en movimiento” debe ser “ampliado” (GA 4, 122). Bloch intenta conseguir esta ampliación del concepto de presente en sus formas históricas actuales. El presente aparece entonces como un espacio de reacción más complejo de oposiciones sociales simultáneas y no-simultáneas. Vale, por lo tanto, guardar en casa “los elementos utópicos y subversivos, la materia hundida de aquello que aún no ha ocurrido” (ibid.). Incluso un concepto más formal, de progreso lineal, que se sienta capaz de haber superado el pasado, deviene ciego contra su influencia y restringe el presente a sus formas fenoménicas simultáneas, es decir, a aquello que genuinamente se ha producido en la formación social que perdura. Bloch vincula la exigencia de recuerdo de aquello que se ha olvidado y extraviado en la tradición histórica con la crítica al pensamiento del entendimiento abstracto y la destrucción de la tradición en la

modernidad capitalista: “porque visiblemente, en el capitalismo y su dialéctica la totalidad de los desarrollos primerizos aún no ha sido superada” (GA 4, 124). El ahora “estéril” (GA 4, 106) de la realidad capitalista debería ser criticado, en cuanto se exige la realización de una evolución interrumpida, a través de la elaboración de los momentos del pasado, que aún no han podido ser destruidos por la modernidad capitalista, es decir, a través de la memoria.

Por dialéctica, Bloch entiende una dialéctica pluritemporal y pluriespacial, que se interesa no solamente por el movimiento lineal de la historia, sino sobretudo en la mediación de procesos históricos heterogéneos del presente que transcurren en ella. Se trata más bien de las formas históricas que conviven, más que de las que están en oposición, es decir, de romper con la idea de que aquello más reciente históricamente es *ab ovo* y *a priori*, mejor. Bloch desarrollará esta idea en el tratado sobre el progreso. Como que en esta dialéctica se niega el concepto de tiempo cronométrico-lineal y la concepción, asociada a éste, de la historia como cadena de acontecimientos, y el tiempo aparece en sus contenidos, el espacio del presente se llena con contenidos heterogéneos de tiempos distintos. El trabajo de la dialéctica es rendir la mediación filosófica de estos espacios-tiempo que coexisten de forma caleidoscópica en el tiempo presente, es decir: hacer consciente el núcleo actual de los contenidos pasados. No se trata pues, como aclara Bloch haciendo referencia al concepto de memoria (GA 4, 125), del contexto global cerrado de la historia, sino de elevar a la consciencia del tiempo presente, el “reino incompleto del pasado” GA 4, 126) allí donde se revela su virulencia concreta en el presente. Así, el método de la dialéctica es el “montaje” filosófico como contexto global producido, interrumpido y abierto, de pasado y de presente.

Bloch no pretende, fundamentalmente, criticar la idea de progreso, sino de salvarla a través de la reflexión sobre sus aporías. Esto se hace en el recuerdo, recuperar “las pérdidas en el progreso” (GA 13, 118) “pero siempre fue muy claro que incluso un progreso asumido, no lo era necesariamente para siempre. Hay algo que se puede extraviar...” (ibid.). Bloch dará espacio a aquello históricamente perdido en el desarrollo, lo llevará a la memoria en el progreso del proceso histórico. El concepto de progreso, al que aquí se incorporarán correcciones de diferenciación, se remonta a la idea histórica universal de la ilustración, a consecuencia de la que se realizará el perfeccionamiento constante de la humanidad. En Francia se vincula al nombre de Condorcet, y en Alemania al de Herder.

Es el concepto de tiempo lineal el que constituye el pensamiento del automatismo del progreso. La serie temporal vacía convierte la historia en una sucesión de acontecimientos, el pasado histórico como consecuencia de la restricción a la mera contigüidad, es tratado en definitiva, como “aquello que ha sido”, como aquello que ya ha pasado. En este “ya pasado” formal, los contenidos históricos son apreciados necesariamente como cerrados, en ellos ya no hay ningún impulso sobre el presente.

Así, la idea de progreso “fetichista” a la continuidad del tiempo (GA 13, 120), es el nexo entre la comprensión del tiempo vacía y cronométrica y el concepto de progreso lineal, al que Bloch dirige su crítica del progreso. Sólo en un pasado que no se adecua a una conclusividad temporal-formal, sino que contiene en si mismo

potencias aun no realizadas, se puede desplegar una “historia posterior”, es decir, elevarse no-simultáneamente en el ahora. Si la tradición cultural estuviera vinculada temporalmente a los nexos sociales de su constitución, no habría historia de la recepción de figuras culturales, la actualidad de esta consciencia pasada se olvidaría y se perdería en el proceso, sería borrada de la consciencia del presente. La cultura es absolutamente no-simultánea, contiene formas no pasadas y todavía no ocurridas, y las condiciones de la posibilidad de su conocimiento las produce el mismo proceso histórico. Así nace una dialéctica de pasado y presente que debe dejar de lado necesariamente la comprensión formal del tiempo que desvincula el tiempo de sus contenidos, en los cuales precisamente se manifiesta y se deja apreciar.

Para comprender históricamente esta “polifonía” naciente, el desarrollo interrumpido que puede convertirse nuevamente en presente, Bloch descompone el concepto lineal del tiempo histórico en un trenzado de momentos temporales llenos de contenido social, en un *multiversum* de formas históricas en el presente.

Se trata, para Bloch, de una especie de “extra de espacio en la línea temporal histórica” enfrente de la jerarquización de épocas históricas (GA 13, 128), es decir, de una no-simultaneidad como convivencia e integración de diferentes tiempos históricos en el espacio del presente. Se trata pues, de llenar metódicamente el tiempo y los enlaces temporales, de una amplitud de espacio en el curso representado de la historia. (íbid.). Con tal de dejar espacio en el presente a formas de ser ya pasadas, Bloch completa el concepto de tiempo cronométrico con un concepto elástico de tiempo, el tiempo homogéneo y vacío con una estructura temporal heterogénea, rellena de historia social. El ayer perdura en el hoy.

La formulación de una estructura elástica, es decir, con contenido histórico-social, representa una crítica a la unilateralidad del concepto de tiempo de la modernidad. El cálculo temporal racional, el tiempo medible y orientado linealmente a un fin, somete las relaciones sociales e identifica el continuo del tiempo con el progreso. Este es el desarrollo del cálculo temporal racional que se lleva a término en la modernidad. Contra el concepto de tiempo horario, métricamente uniforme, y también contra la reducción del tiempo a la vivencia temporal subjetiva, Bloch formula una teoría del tiempo histórico, que vincula nuevamente el tiempo a sus contenidos sociales: “el tiempo sólo es a través de aquello que pasa, y no sólo allí donde pasa algo” (GA 13, 129). En *Experimentum Mundi*, Bloch precisó en categorías que los contenidos que constituyen el tiempo, tienen, gracias a su desarrollo, un tiempo peculiar específico: “todo ser viviente tiene su propio tiempo a medida de su vida, que permanece por debajo del tiempo horario uniforme, o que lo avanza...” (GA 15, 104). Someter este tiempo propio, peculiar, a un cálculo temporal normalizado, significa interrumpir la especificidad de sus desarrollos. En vez de esto, hace falta dejar a estos desarrollos su medida temporal cualitativa. En resumen, el tiempo no es nunca un esquema abstracto del cambio, sino su ámbito de trayectorias concreto y elástico, que se modifica a sí mismo en función de estos cambios.

En la determinación del tiempo en la Estética trascendental de la *Crítica de la Razón pura* de Kant se muestra concretamente, dónde se sitúa la distinción de Bloch. En tanto que Kant determina el tiempo como una pura forma de intuición a priori, es decir, como condición formal de la posibilidad del fenómeno: el fenómeno

no es pensable sin tiempo, ni el tiempo es pensable sin su contenido. Es pura fuente de conocimiento, a priori, previa a los objetos de conocimiento. Y el tiempo puro es unidimensional: Kant representa “el curso del tiempo a través de una línea infinita continua, en la que la pluralidad constituye una serie, que sólo tiene una dimensión”. Por mucho que estas determinaciones no puedan ser negadas formalmente, queda abierta la pregunta de si el tiempo puede, en general, desligado de lo real, y que en él se manifiesta, entrar en la consciencia. El tiempo puro es amorfo y no experimentable. El tiempo será experimentado sin sus objetivaciones, es decir, en sistemas de referencia concretos, donde su infinitud formal entra en una finitud material determinada. En el concepto kantiano de tiempo, lo específico del tiempo histórico no puede ser apreciado, huye sistemáticamente del análisis, y en el concepto lineal del progreso se muestra como el concepto físico clásico de tiempo lineal y unidimensional es aplicado erróneamente a la historia. Hegel, en cambio, constató la objetividad del tiempo, constitutiva para el concepto de tiempo histórico. Aquí el tiempo es el “devenir intuido”, es decir, el desarrollo real de contradicciones, y no sólo condición de la posibilidad de los objetos de conocimiento. Hegel constata las determinaciones kantianas del tiempo como pura forma de la sensibilidad, pero indica su insuficiencia: “dicen que en el tiempo surge y transcurre todo, si hacemos abstracción de todo, es decir, de lo que llena el tiempo, así como de lo que llena el espacio, sólo nos queda el tiempo vacío y el espacio vacío restantes, -esto es, estas abstracciones de la exterioridad quedan establecidas y representadas como si fueran para sí. Pero no es que todo surja y transcurra en el tiempo, sino que el tiempo es este devenir...” Según Hegel, el tiempo sólo se puede captar en el cambio que en él tiene lugar. En tanto que Hegel constata que el tiempo en sí mismo no puede ser separado más que formalmente del desarrollo objetivo de las cosas que son él, es decir, que fundamenta la unidad de tiempo y sus contenidos cambiantes, en su filosofía se formula por primera vez la especificación de un concepto material-cualitativo de tiempo histórico más allá del tiempo del fisicalismo. Bloch toma este modelo y hace una diferenciación. La no-simultaneidad es entonces la presencia material de formas históricas –de las que el tiempo formal ya ha transcurrido- en el presente. Bloch puede hacer esto porque incorpora una diferenciación en la teoría hegeliana, que se aferra a la continuidad del tiempo, mediante un concepto de tiempo discontinuo: si el tiempo está vinculado a los objetos históricos, en tanto que los desarrollos se estancan o se interrumpen, o no se reemprenden, es discontinuo. Precisamente porque los objetos que están en desarrollo tienen su tiempo peculiar, y no pueden ser sometidos a ninguna medida temporal unitaria, la continuidad es extraña en este pensamiento. Esto tiene consecuencias para el progreso. Para Hegel, el pensador del continuo de la historia, el pasado es siempre cerrado y engullido por Chronos, y el desarrollo determinado y listo, de forma que en su realidad sólo es conocido como aquello que se ha registrado en el recuerdo, mientras que para Bloch, el progreso es dialéctica de continuidad y ruptura: el desarrollo está inacabado, puede ser superado mediante el recuerdo en la consciencia y por tanto, en él puede ser percibido un momento de posibilidad. La elasticidad del tiempo en la historia surge de la heterogeneidad de los materiales históricos. Con tal de hacer experimentable el fardo de distintos gruesos temporales e intensidades y movimientos de desarrollo que transcurren en el presente, y sus tendencias evolutivas heterogéneas, Bloch introduce un tiempo al estilo de Riemann, en analogía al espacio de Riemann” (GA 13, 136). Bloch aplica la concepción del espacio no-euclidiana del matemático Bernhard Riemann, según la cual “el campo métrico no es rígidamente dado de forma definitiva, sino que está

en dependencia causal con la materia y cambia con ella” (GA 13, 133), a la concepción del tiempo. Así como en el espacio de Riemann el campo métrico depende de su sistema de referencia material, Bloch hace que el grupo material de la métrica temporal dependa de las “distintas distribuciones de la materia histórica” (íbid.), que debe representar.

El concepto de progreso como unidad abierta de desarrollos heterogéneos de Bloch da paso, en la consciencia presente, a las potencias no realizadas en el pasado. Sólo allí donde el pasado aun tiene un presente potencial, puede tener lugar la memoria como conocimiento histórico. El concepto de progreso lineal mortifica el pasado, el recuerdo no es entonces nada más que memoria histórica, una relación de anticuario, puramente archivística, con la historia como suma de hechos o, en el mejor de los casos, de bienes culturales. El concepto de progreso de Bloch implica la captura de desarrollos no simultáneos con los objetivos de la centralización y la acentuación del devenir histórico. En tanto que el pasado vuelve a concebirse y a determinar el presente, y por lo tanto, que no es aquello que el pasado ha dejado atrás, sino que puede convertirse en objeto del progreso a través de la memoria, Bloch realiza en la secuencia de los procesos históricos, referencias de sentido interrumpiendo la cronometría y elevando el contexto histórico a consciencia. Lo históricamente alejado coincide, por razón de la correspondencia de contenidos, con el presente, desarrollos interrumpidos y por tanto con contenido todavía utópico, son inherentes al proceso, y le pueden dar un progreso real como tendencias olvidadas ancladas en el pasado. Memoria significa, en este contexto, hacer reconocibles las pérdidas del progreso, llevar a su desarrollo aquello que se ha olvidado en la historia. En la restitución y nueva determinación de los contenidos históricos implícita en esta “intención de progreso” reside la relevancia de la teoría del progreso para el concepto de memoria en la filosofía de Ernst Bloch.

La crítica de Bloch al concepto vacío y homogéneo del tiempo guarda una relación de parentesco con la teoría del progreso de Walter Benjamin. Quisiera hablar ahora de esta afinidad en la crítica, sin perder de vista la diferencia en las intenciones teóricas fundamentales de ambos pensadores. Para Bloch se trata de rescatar y salvar el concepto de progreso a través de su problematización. En cambio, para Benjamin, se trata de ejercer una crítica fundamental del progreso en la historia. Bloch acentúa, sobretudo en *Herencia de este tiempo*, su afinidad metodológica con Benjamin, concretamente la atención propia de la forma de pensar surrealista, a los “contenidos muchas veces desechados, o desaparecidos” (GA 4, 369). Esta metodología, que es constitutiva del pensamiento de Benjamin, sirve a Bloch, en cambio, para obtener acceso y puntos de aplicación a los problemas filosóficos.

Este procedimiento es extraño en Benjamin. Para Benjamin, la *Spes* de Andrea Pisano, en la puerta del baptisterio florentino, es la alegoría de la auténtica esperanza: Pisano representa la *Spes* alada sentada en un banco, tendiendo las manos hacia un fruto que le es inalcanzable. “Sentada, alza los brazos con un gesto desvalido hacia un fruto que le resulta inalcanzable. Y a pesar de todo es alada. Nada más verdadero” Si observamos la *Spes* con atención, el fruto le sería realmente inalcanzable, concretamente si se dirigiera intencionadamente y con perseverancia al objeto de la esperanza; el carácter inacanzable del fruto resulta por tanto del temor de la *Spes* de alcanzar el contenido de su esperanza. También Bloch

comentó la *Spes* de Pisano: “Sentada a la espera, aunque tiene alas, y a pesar de ellas, extiende, como Tántalo, los brazos hacia el fruto inalcanzable. También la esperanza, mucho más desposeída que la memoria, puede parecer un mal”. Para Benjamin, el gesto inútil de la *Spes* es lo verdadero, para Bloch es simplemente un símbolo de la falsa esperanza, una figura en que la esperanza se comporta “engañosamente”. La diferencia entre Bloch y Benjamin reside incluso en la intencionalidad de la esperanza como *docta Spes*, que surge de su fundación en la teoría de la posibilidad de Bloch y que es, por lo tanto, expresión de un pensamiento del desarrollo. Para Benjamin, la verdad de la *Spes* reside en el carácter no-intencional de su gesto. Esta diferencia entre desarrollo intencional y verdad no-intencional, deberá comprenderse nuevamente sobre el fundamento de la discutida afinidad entre ambos pensadores –en concreto en el contexto del recuerdo y de la memoria; el mismo Bloch constata su diferencia respecto a Benjamin también en este punto: “el filosofar surrealista (de Benjamin, J.Z) es ejemplar como retoque y montaje de fragmentos (...) Como montaje (...) le es constitutivo que el fragmento, y no la intención, muera y sea utilizado para la realidad; también las calles de dirección única tienen una dirección” (GA 4, 371).

Benjamin, igual que Bloch, vincula la crítica al progreso con la crítica a la comprensión cronométrica del tiempo en la historia: “La representación de un progreso del género humano en la historia no se puede separar de la representación de un progreso que transcurre en un tiempo homogéneo y vacío. La crítica de la idea de este proceso debe constituir la base de la idea del progreso como tal”. También para Benjamin se trata de “acabar con el continuo de la historia”. Esta crítica al progreso tiene dos aspectos: por un lado, la crítica a un progreso que solamente tiene en cuenta la suma acumulada de progresos técnicos; éste “sólo reconocerá los progresos en el dominio de la naturaleza, y no los retrocesos de la sociedad”, aspira sólo al expolio de la naturaleza y conduce a aquello que Benjamin llama el “continuo de la catástrofe en el curso de la historia”. Pero por otro lado, y justamente teniendo presente este progreso técnico como catástrofe permanente, la crítica de Benjamin al progreso tiene un aspecto metodológico por el trabajo del materialista histórico (y en este punto está en contacto con el enfoque de Bloch): acabar con el continuo de la historia deja al descubierto la mirada sobre la actualidad de los contenidos históricos. El pasado entra en el futuro, la historia es “del presente”: el materialista no puede renunciar al concepto de un presente que no es transición, sino en el cual el tiempo se para y se calma. Puesto que este concepto define precisamente el presente, en el que escribe, él para él, la historia. “El historicismo construye una imagen eterna del pasado, el materialismo histórico, en cambio, hace del pasado una experiencia única”. Benjamin concibe, contra el tiempo vacío y homogéneo, un “tipo de tiempo concentrado, que se cambia perspectivísticamente por el presente. Benjamin acuñó para eso, el concepto rigurosamente categorial de *Jetztzeit* (Tiempo del ahora). Con este concepto Benjamin se dirige, igual que Bloch, contra el concepto de historia anticuario, que iguala los objetos históricos a bienes culturales y que se aleja del presente. El tiempo es la relación específica producida en el proceso, es decir, constelación de un presente determinado y del conocimiento determinado que sólo él puede tener del pasado. Cada presente es una ocasión para dar una mirada nueva y libre al pasado, y por tanto no es simplemente transición en la serie temporal, sino un medio para el conocimiento histórico. También para Benjamin el pasado está latente en el presente: “‘la verdad no nos rehúye’. Estas palabras de Gottfried

Keller, marcan exactamente el punto donde el materialismo histórico rompe con el historicismo. Es por eso, porque es una imagen irreplicable del pasado que amenaza con desaparecer con aquel presente que no haya reconocido que ella se le dirigía”.

En el proceder de Benjamin, la historia se convierte en objeto de una construcción: el contexto histórico será destruido con tal de liberar las fuerzas del pasado en el presente (*Passagenwerk: Atomspaltung*). El pasado cargado de actualidad (*Jetztzeit*) es objeto de la construcción: en ella se da una correspondencia entre pasado y presente, choca con el núcleo actual de la tradición histórica. A diferencia de enfoques como el de Bloch, pensar la historia como construcción, significa construir la paralización del devenir a través del “salto del tigre en el pasado”. Este método se dirige contra el historicismo, el proceder histórico universal del que “utiliza la masa de hechos para llenar el tiempo homogéneo y vacío”. El método de la construcción, en cambio, es salvación de los contenidos históricos de un progreso histórico, que representa una historia de la tradición del vencedor de la historia: “El materialista histórico se enfrenta a un objeto histórico únicamente cuando se le presenta como mónada. En esta estructura reconoce la señal de un reposo mesiánico de los acontecimientos, o sea, una ocasión revolucionaria en la lucha contra un pasado de opresión”. La construcción es un método de memoria que actualiza, sin duda, muy cercano al concepto de Bloch del recuerdo histórico. Ambos hablan sobre aquello que hay de nuevo en lo viejo, para ambos, el auténtico progreso se encuentra no en la continuidad del transcurso del tiempo, sino en sus interferencias. Se hace aquí evidente con la misma fuerza, la intención común de Bloch y Benjamin de fundamentar una tradición opuesta a la tradición dominante en relación a la historia, así como la necesidad de hacer manifiestas sus diferencias teóricas. En el concepto de mónada de Benjamin, se muestra que la construcción representa una configuración singular del pasado y presente que cristaliza en una situación histórica. Bloch, en cambio, como hemos visto, concibe la “rememoración” como recomposición de los desarrollos oprimidos del pasado, lleva nuevamente al movimiento en su memoria, el objeto desaprovechado en la historia, paralizado en el hecho histórico, los integra en el desarrollo histórico actual. Así formula Bloch el presente como forma de mediación de pasado y futuro, su memoria aspira no sólo al presente, sino que pretende ir más allá, al futuro tendencial del pasado. Esto significa siempre un acceso intencional a la tradición, al que Benjamin renuncia completamente. También significa una diferencia en el mismo concepto de historia: Bloch ve la historia como un espacio de posibilidades, en el que se puede concebir con pleno sentido la intención, en el que tiene lugar una realización posible de fines humanos: para Benjamin se trata, como muestra el recurso al concepto teológico del mesianismo, de liberarse de la historia. Esta diferencia en el concepto de historia está en la base de la diferencia entre imagen dialéctica y forma dialéctica, y entre la verdad sin intención y la praxis intencional. Rescatarla, significa obtener la forma teórica de dos modelos de memoria histórica, la necesidad de los cuales ha sido reconocida tanto por Benjamin como por Bloch en el curso de sus críticas respectivas al progreso.

“El concepto de progreso debe fundarse en la idea de catástrofe”. El hecho de que simplemente continuemos así, es la catástrofe. No es algo siempre inminente, sino algo siempre dado. Leemos aquí una negación radical de la representación que establece el progreso por sí mismo en el proceso histórico –ni que sea, como en el caso de Bloch, como posibilidad-. Las *Tesis sobre el concepto de historia* y

fragmentos esenciales de *Pasajes de París* niegan el progreso como tendencia inherente inmediata a la realidad histórica. El auténtico progreso no es el camino de la humanidad hacia la libertad que se extiende en la historia, sino, “principalmente la redención de la humanidad respecto de la historia”. Benjamin, en los Pasajes, ilustró en una imagen muy clarificadora, precisando la diferencia con el concepto de progreso de Bloch, la negatividad de la historia: “Marx decía que las revoluciones eran el motor de la historia universal. Pero quizás es justamente lo contrario. Quizás las revoluciones son la palanca del freno de emergencia del género humano que viaja en este tren”. Las revoluciones definen en la teoría marxista los saltos cualitativos en el desarrollo histórico, en los que una formación social es substituida por una nueva a través de sus propias contradicciones internas y hacen posible cualitativamente nuevos desarrollos históricos. En la imagen del freno de emergencia, Benjamin se dirige totalmente contra la idea de desarrollo, que Bloch sólo intentaba diferenciar. Su ángel de la historia, “tiene la mirada dirigida al pasado. Donde nosotros vemos una cadena de datos, él ve una sola catástrofe que no para de acumular ruinas sobre ruinas y que él remueve con el pie. Quisiera hacer tiempo, despertar a los muertos, reajustar todo lo que ha sido troceado. Pero sopla, desde el paraíso, un viento que se le ha liado en las alas, tan fuerte, que ya no las puede cerrar. Este viento empuja irresistiblemente al futuro, que está de espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece y crece delante suyo y llena el cielo. Eso que llamamos progreso es esta brisa.” La esperanza real no se refiere, por lo tanto, como en Bloch, a una tendencia posible en la historia, sino que está dirigida como fuerza mesiánica contra la tendencia de los procesos históricos. (Bsp: *Der Historiker denkt nicht an die befreiten Enkel, sondern an die unterdrückten Grosseltern*). Por eso el ángel no se dirige al futuro, sino al pasado: en la memoria se reconocen formas mesiánicas, que quedan escondidas en la historia. El instante de la memoria es el del peligro, en él la imagen del recuerdo entra en una constelación arbitraria con el presente. “La imagen relámpago del pasado en el ahora de su reconocimiento, es una imagen recordada según su posterior determinación. Se parece a las imágenes del propio pasado, que presencian los hombres en el instante del peligro. Estas imágenes aparecen, como ya sabemos, arbitrariamente. La historia, en sentido riguroso, es por lo tanto, una imagen de la memoria arbitraria, una imagen que en el instante del peligro se muestra de golpe al sujeto histórico” En esta arbitrariedad de la imagen dialéctica se pueden apreciar las diferencias con Bloch. En la teoría de la no-simultaneidad, las formas del pasado histórico son cuestionadas en sus momentos de posibilidad, y por lo tanto, desarrolladas intencionalmente. El momento de futuro del pasado reside en las nuevas determinaciones a las que conduce el presente actualizador. En el concepto de memoria de Benjamin falta aquella intención que aquí, en la actualidad, empuja súbitamente el sujeto que conoce. No se hace cargo de los intereses del historiador, sino de salvar fragmentos olvidados en la historia en el instante de su cognoscibilidad. “La verdadera imagen del pasado se escabulle”. Para Benjamin no se trata, como para Bloch, de un proceso de conocimiento en el seno de los procesos históricos, sino de aquello que lo rehúye, es decir, la experiencia singular de la historia, que nace en la memoria involuntaria del “instante histórico”.

Está bien claro que Bloch y Benjamin se refieren a una historia abierta y no concluida, y que ambos actualizan teóricamente las esperanzas en el pasado. El concepto de memoria de Bloch es epistémico y se refiere a la historia efectiva, es decir, al desarrollo renovado de la herencia cultural, el de Benjamin en cambio

acentúa una experiencia singular con la historia. El concepto de historia como permanencia de la catástrofe de Benjamin, se opone a la teoría de la posibilidad de Bloch, en la medida en que en ella la historia aparece como movimiento, en el que tienen lugar tanto la catástrofe como el progreso real. Como que en el proceso siempre pueden aparecer más posibilidades, la perspectiva de Bloch permite movilizar las fuerzas del pasado contra las tendencias catastróficas, y que así pueda darse un progreso auténtico. De esta forma aquí se complementan dos modelos de memoria histórica. Precisamente la ocasión de esta memoria, la consciencia moderna del tiempo y del progreso, que incita ciegamente a los hombres hacia el futuro, que acelera constantemente la vida y la hace, por eso mismo, necesariamente menos consciente, hace una clara función social del recordar, que Benjamin dio a conocer de forma penetrante: la necesidad de detenerse, de reflexionar sobre el proceso histórico, y dedicar una atención específica a todo aquello que se ha perdido en su unidimensionalidad.